

Lectio julio 13 de 2025
Décimo Quinto del Tiempo Ordinario
Cómo hacerse prójimo del necesitado:
La praxis de misericordia del Buen Samaritano
Lucas 10, 25-37
“Vete y haz tú lo mismo”

Comencemos orando:

“Señor, cuando tenga hambre, dame a alguien que necesite comida.

Cuando tenga sed, mándame a alguien que necesite bebida.

Que cuando tenga disgusto, preséntame a alguien que necesite consuelo.

Cuando esté pobre, ponme cerca de alguien necesitado.

Que cuando alguien me falte, dame la ocasión de alabar a alguien.

Cuando esté desanimado, mándame a alguien a quien tenga que darle ánimos.

Cuando sienta la necesidad de comprensión, mándame a alguien que necesite la mía.

Cuando tenga necesidad de que me cuiden, mándame a alguien que tenga que cuidar.

Que cuando piense en mí mismo, atrae mi atención hacia otra persona”

(Madre Teresa de Calcuta)

Introducción

Una vez que el evangelista Lucas nos ha presentado el tema de la misión (ver evangelio del domingo pasado), nos introduce enseguida –en el marco de la subida de Jesús a Jerusalén- en tres distintivos de aquel que ha entrado en el camino de Jesús en calidad de discípulo.

Tres características del discipulado nos plantea Jesús hoy y en los próximos dos domingos:

- (1) El ejercicio de la misericordia: el discípulo se distingue por el amor al estilo de Jesús (10,25-37).
- (2) El ejercicio de la escucha: la acogida de Jesús implica escucharlo en calidad de Maestro (10,38-42).
- (3) El ejercicio de la oración: la escucha introduce en la relación con Dios Padre a la manera de Jesús (11,1-13).

Nos detenemos hoy en la primera característica: el ejercicio de la misericordia debe ser un rasgo distintivo e indiscutible de un discípulo de Jesús.

Para profundizar en esto leemos uno de los relatos más impresionantes y conocidos de todo el Evangelio: la Parábola del Buen Samaritano; un relato que pone en crisis la mediocridad de nuestra capacidad de amar.

La parábola está enmarcada por el diálogo entre Jesús y un experto en la Ley, de manera que hay que mirar el conjunto en sus tres partes:

- (1) Primera parte del diálogo de Jesús con el legista sobre el mandamiento principal, el del amor (10,25-29)
- (2) La parábola del Buen Samaritano (10,30-35)
- (3) Segunda parte del diálogo de Jesús con el legista donde se concluye cómo se ejerce el amor al prójimo (10,36-37)

Abordemos el texto con atención.

1. Primera parte del diálogo de Jesús con el legista: “¿Qué debo hacer...?” (10,25-28)

Todo comienza con la pregunta, en principio maliciosa, del experto en la ley: “Maestro, ¿qué he de hacer para tener en herencia vida eterna?” (10,25).

Este otro maestro está interesado en la vida eterna; él sabe que éste es un don de Dios pero que hay que ganarse el cielo. Él está interesado en una respuesta práctica: “¿Qué tengo que hacer...?”.

Verdaderamente una pregunta estimulante. El legista sabe mirar más allá de los intereses cotidianos, sabe que la vida no termina con la muerte, que su existencia está destinada a una vida eterna. Detrás de esta inquietud, entonces, hay un gran sentido de responsabilidad.

Sobre el trasfondo de que la vida eterna es la realidad decisiva, viene entonces la respuesta de Jesús. Si no se siente responsabilidad con el Dios viviente, entonces será igualmente indiferente lo que se haga o deje de hacer en el camino de Jericó.

Jesús entonces le devuelve la pregunta poniendo la mirada directamente en el querer de Dios: “¿Qué está escrito en la Ley?” (10,26).

La respuesta es la esperada: la responsabilidad con Dios (“Amarás al Señor tu Dios con todo...”); está unida a la responsabilidad con el prójimo (“y a tu prójimo como a ti mismo”; 10,27).

Entonces los dos, Jesús y el legista, quedan de acuerdo en el mismo punto: es absolutamente necesario amar a Dios y al prójimo en la vida presente, y este es el punto de partida para la comunión de vida en la eternidad. Jesús lo dice abiertamente: “Haz eso y vivirás” (10,28).

Pero surge un nuevo problema: “Y, ¿quién es mi prójimo?” (10,29).

2. La parábola del Buen Samaritano: “¿Quién es mi prójimo?” (10,30-35)

Se abre un gran paréntesis que ofrece las pistas para la respuesta a la pregunta: “¿Quién es mi prójimo?” (10,29), es lo mismo que decir:

¿Quién hace parte del grupo de personas a quienes debo amar como a mí mismo?

Veamos la parábola que le expuso Jesús:

2.1. La situación: un hombre en extrema necesidad en medio de un camino rodeado de desierto (10,30)

“Un hombre... bajaba de Jerusalén a Jericó” (10,30a).

Nos encontramos en una ruta que une dos ciudades importantes, por ella pasaban habitualmente muchos peregrinos que venían o regresaban de Jerusalén. El camino atraviesa un escarpado desierto, peligroso además por su inseguridad; continuamente aparecían delincuentes que aprovechando esta geografía asaltaban las caravanas o los viajeros solitarios. Efectivamente esto último es lo que sucede.

“Un hombre... cayó en manos de salteadores que, después de despojarle y golpearle, se fueron dejándole medio muerto” (10,30b).

La desgracia de este viajero es triple:

- (1) le roban todas sus pertenencias (literalmente “lo desnudaron”);
- (2) lo golpean brutalmente dejándolo en grave situación (literalmente “medio muerto”); y
- (3) lo abandonan a su suerte en un lugar descampado, en medio del desierto, sin posibilidad de ayuda inmediata.

Peor no puede ser la situación: está en extrema necesidad, su vida está en juego y no tiene la más mínima posibilidad de valerse por sí mismo para salvarse, depende completamente de la ayuda y la buena voluntad de los demás.

Hasta aquí estamos ante una situación más o menos común, que una persona esté necesitada de ayuda y que quien le tienda la mano se hace su prójimo, no es una verdadera novedad. Sin embargo, el punto más grave no ha sido contado, ayudar a este hombre implica:

- (1) poner en riesgo la propia vida, ya que detenerse es exponerse al mismo peligro y
- (2) ser capaz de cambiar los planes personales de viaje (¡en pleno desierto!).

El tipo de compromiso que exige la ayuda a este hombre se sale de lo habitual.

2.2. Los dos primeros viajeros pasan de largo (10,31-32)

Los primeros chances de ayuda en el camino solitario, dejan ver no sólo la difícil situación en la que se encuentra el hombre herido sino también lo que implica ayudarlo. Éstos prefieren seguir de largo:

“Casualmente, bajaba por aquel camino un sacerdote y, al verle, dio un rodeo. De igual modo un levita que pasaba por aquel sitio le vio y dio un rodeo” (10,31-32).

Como lo destaca la narración, el hecho es que ellos “ven”, pero cuando se percatan de lo que implica el ayudarlo optan por seguir en su comodidad personal se desvían un poco (literalmente en griego: “pasar por el otro lado de la vía”; hoy: “cambiar de acera”) y pasan de largo.

¿Quiénes son estos dos que no le tienden la mano al moribundo abandonado?

Que se diga expresamente que el primero en negar la ayuda sea un “sacerdote” es grave. Probablemente sea uno de estos sacerdotes, estilo sacerdote Zacarías (ver Lucas 1,8-9), que después de prestar su servicio sacerdotal en el Templo regresaba a su casa ubicada en otra población (era lo habitual; ver el caso de Zacarías en 1,23). De hecho, hoy sabemos que Jericó era una de las ciudades que más tenía casas de sacerdotes.

El levita pertenecía a una categoría sacerdotal inferior, pero era miembro de una prestigiosa elite en la sociedad judía de la época. Los levitas eran los responsables del esplendor de la liturgia y de la vigilancia en el Templo. Eran muy respetados.

¿Por qué no prestan ayuda?

Hay diversas explicaciones:

- (1) en caso de que hayan pensado que el hombre ya estuviera muerto: para evitar la impureza por el contacto con el cadáver;
- (2) para no exponerse también a ser asaltados (como quien dice: mejor seguir ligerito);
- (3) porque la situación era tan grave que no se sentían en condición de poder ayudarlo, las consecuencias para la economía personal eran grandes.

Cualquiera que sea la razón, el hecho es que estos dos hombres que pasan al lado del herido son incapaces de un acto de amor que implique riesgos y para ello encuentran buenas excusas. Es todo lo contrario de lo que Jesús hacía: para salvar a un hombre no tenía barreras, si era preciso violaba incluso la ley del sábado (ver 6,9).

La parábola deja entender que tanto para el sacerdote, como para el levita, la preocupación por su propia seguridad y por la realización de los planes que llevaban en mente, resultó más fuerte que la compasión por este hombre agonizante y abandonado a su suerte en el camino. Para ellos el “amor al prójimo” no es “como a sí mismos”.

2.3. La mano tendida de un enemigo: el buen samaritano (10,33-35)

Frente a las dos ayudas negadas, dos ocasiones perdidas, cobra mayor relevancia la buena acción que realiza el tercer viajero: un samaritano. Él actúa de modo ejemplar: pone todos sus intereses personales (su tiempo, su cómoda cabalgadura, sus escrúpulos, su dinero) en un segundo plano y se concentra totalmente en la salvación de la vida del herido en el camino. El samaritano no ve otra cosa que la necesidad del hombre que está sangrando en el suelo.

¿Quién es este personaje?

“Pero un samaritano que iba de camino...” (10, 33a)

Como se ha dicho, se trata de un “samaritano”. Para los hebreos solamente los miembros de la misma raza eran considerados “prójimo” y sólo a ellos se aplicaba la obligación de “amar como a sí mismo”. Pero el que aquí aparece no es judío. Más aún, desde el punto de vista judío era considerado como enemigo.

Por razones históricas, en aquellos tiempos las relaciones entre ellos no eran buenas, como de hecho ya comprobamos cuando leímos 9,53, cuando –subiendo a Jerusalén- Jesús pasó por Samaría: *“Pero no le recibieron porque tenía intención de ir a Jerusalén”* (o como se dice en el evangelio de la samaritana: *“¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy mujer samaritana? –Porque los judíos no se tratan con los samaritanos-”*; Juan 4,9).

Cuando en la parábola se menciona al “samaritano” inevitablemente viene a la mente la enseñanza sobre la ayuda al enemigo, que Jesús le había predicado solemnemente a sus discípulos en el Sermón de la Llanura:

“Pero yo os digo a los que me escucháis: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian” (6,27).

¿Qué hace el samaritano?

El samaritano *“llegó junto a él y al verle tuvo compasión” (10,33b)*

Él “tuvo compasión”. La conmoción interna que siente frente al herido es similar a la de Jesús frente a la viuda de Naím en el funeral de su único hijo (ver 7,13) o a la del papá cuando ve regresar a casa a su hijo disoluto (ver 15,20).

El dolor del moribundo del camino se le entra hasta su propio corazón.

Esto nos recuerda los mejores momentos de la profecía de Oseas, cuando describe el corazón de Dios: *“Mi corazón se agita dentro de mí, se estremece de compasión”* (11,8b).

Este sentimiento violento de amor genera enseguida responsabilidad ante el caído. Siete gestos concretos muestran cuál es –en este caso- el “hacer” propio de la misericordia (10,34-35):

(1) *Se acercó.*

(2) *Vendió sus heridas, curándolas con aceite y vino.*

(3) *Lo montó sobre su propia cabalgadura.*

(4) *Lo trasladó a una posada.*

(5) *Cuidó personalmente de él.*

(6) *Pagó la cuenta de la primera noche de posada y dejó un anticipo (que es suficiente para muchos días) para los nuevos gastos que va a implicar su cuidado.*

(7) *Se mostró disponible para seguir respondiendo por él.*

Notemos cómo la ayuda tiene tres momentos:

(1) asistencia inmediata (las acciones No.1-2-3);

(2) el cuidado más de fondo (Las acciones No.4-5-6) en vista de la total recuperación;

(3) la responsabilidad permanente (la acción No.7): el samaritano espera volver a verlo y está dispuesto a seguir con la mano tendida si fuera del caso. El buen samaritano no es un asistencialista, él se compromete con la recuperación total. El comportamiento del buen samaritano quizás se repetirá más de una vez, porque como él mismo anuncia: volverá por la misma ruta (ver 10,35b).

Así termina la parábola, pero no el diálogo de Jesús con el legista...

3. Segunda parte del diálogo de Jesús con el legista: “Vete y haz tú lo mismo” (10,36-37)

Llegamos a la aplicación de la parábola.

En la pregunta del legista *“¿Quién es mi prójimo?”*, estaba implícita la idea de que hay límites en el amor: ¿a quién es que debo a amar y con quién es que no tengo obligación?

Jesús retoma la cuestión y lleva a su interlocutor a sacar él mismo la conclusión: *“¿Quién de estos tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los salteadores?”* Él dijo: *El que practicó misericordia con él”* (10,36-37a).

La respuesta es clara: no se puede trazar un límite preciso, debo hacerme prójimo de todo el que necesite de mí no importa cuál sea su apellido, su edad, su género, su condición social, su religión.

Pero notemos que, en la pregunta, Jesús hace caer en cuenta que “prójimo” no es el otro sino yo mismo en cuanto “me hago prójimo”. “¿Quién fue prójimo (ó se hizo prójimo) del que cayó en manos de los salteadores?”. Como puede verse Jesús le invirtió la pregunta al legista: no es “quién es mi prójimo” sino “de quién tengo que hacerme prójimo”. El buen samaritano no se preguntó si el herido era su prójimo, sino que efectivamente él se hizo prójimo de su enemigo.

Jesús nos invita a ampliar los horizontes de nuestras relaciones y de nuestro compromiso.

De esta manera no se admiten evasivas ni excusas -ni que sean teológicas- (recordemos que el legista primero quería poner a Jesús “a prueba”, 10, 25a, y luego quería “evadirse”, 10, 29a) para ponernos a hacer el bien.

El evangelio del buen samaritano nos coloca ante una nueva perspectiva: ya no hay que preguntar “¿hasta qué punto ya no tengo compromiso?”, porque no es el grado de parentesco ni la simpatía lo que determina hasta dónde debo extender mi mano para ayudar, sino la situación de necesidad real en la que la otra persona se encuentra.

En otras palabras, cualquier persona que se encuentre en mi camino y que esté pasando necesidad, él es el prójimo al cual le debo abrir mi corazón y prestarle auxilio, así esto implique desacomodar mis esquemas personales.

El necesitado es el lugar donde tengo que estar amando, el lugar donde mi apertura de corazón es el primer paso del amor que sabe a vida eterna.

Mientras leemos hoy el relato del buen samaritano dejemos que repique constantemente en nuestra mente y en nuestro corazón el imperativo de Jesús: “¡Haz tú lo mismo!”.

4. Releamos el Evangelio con un Padre de la Iglesia

“‘¿Y quién es mi prójimo?’. Pensaba que el Señor le iba a decir: ‘Tu padre y tu madre, tu esposa, tus hijos, hermanos y hermanas’. Pero no fue así que le respondió. Por el contrario, queriendo aclarar que todo hombre es prójimo de todo hombre, le respondió con un cuento.

‘Cierta hombre’, dijo. ¿Quién? Cualquiera, pero hombre. ¿Quién es, pues, ese hombre? Una persona cualquiera, pero una persona humana. ‘Descendía de Jerusalén para Jericó y cayó en manos de ladrones’.

Aquí se llama ladrones a los mismos que nos persiguen. Herido, despojado, abandonado medio muerto en el camino, fue despreciado por los transeúntes, por un sacerdote, por un levita. Pero un samaritano que pasaba por allí, se fijó en él. Se acercó a él, con todo cuidado lo cargó en su burro, lo llevó al hospedaje, mandó que le ofrecieran cuidados y pagó los gastos.

Al que le había preguntado, se le pregunta ahora quién había sido el prójimo de aquel hombre medio muerto. Porque dos lo habían despreciado, precisamente sus prójimos, llegó el extraño. Aquel hombre, siendo de Jerusalén, tenía como prójimos los sacerdotes y los levitas y como extraños a los samaritanos. Pero los prójimos pasaron de largo y fue el extraño quien se aproximó.

¿Quién era, entonces, el prójimo de este hombre? Di, tú que interrogabas diciendo '¿Quién es mi prójimo?'. Ahora ya responde la verdad. Había sido la soberbia la que preguntó, que hable ahora la naturaleza. ¿Qué dices entonces? 'Pienso que fue aquel que usó misericordia con él'. Y el Señor le replicó: 'Vete y haz lo mismo tú también'".

(San Agustín, Sermón 299D, 2)

5. Cultivemos la semilla de la Palabra en lo profundo del corazón

¡Hay tantas personas que han caído en los caminos de Jericó de nuestras grandes ciudades, poblados y campos! ¡Hay tantos rostros empobrecidos y moribundos esperando que nos hagamos su prójimo!

1. Leo cuidadosamente la parábola del Buen Samaritano y la reconstruyo paso a paso deteniéndome en las frases que más me llegan.

2. ¿Cuáles son las personas de mi entorno que más necesitan de mí y a quienes algunas veces he negado mi ayuda oportuna?

Si es posible las identifico con el nombre. ¿Qué ayuda me pide cada una de ellas? ¿Cómo me haré prójimo de ellas?

3. ¿Alguna vez he actuado como el sacerdote o el levita y siendo consciente de alguna necesidad, he preferido "hacerme el de la vista gorda"?

¿Por qué lo he hecho?, ¿Qué he sentido después?, ¿Qué propósitos me he hecho o me hago hoy al respecto?

4. Recuerdo la última vez que actué como el buen samaritano. ¿Con quién fue?, ¿Qué hice?, ¿Qué intereses y necesidades personales pasaron a segundo plano?, ¿La mano que tendí esa vez fue sólo de momento o aún hoy continuo brindando mi ayuda generosa?

5. Como comunidad, familia, grupo, ¿qué nos proponemos hacer concretamente para actuar como el buen samaritano?

Dediquemos un espacio de nuestro tiempo, podría ser una tarde, para ir a algún lugar donde haya alguna persona o grupo de personas que nos necesiten y brindémosles nuestra ayuda.

Y ¿por qué no hacerlo periódicamente?

P. Fidel Oñoro C., cjm

Centro Bíblico del CELAM